

# La identidad, desde el psicoanálisis.

Donostia, noviembre 2007.

El psicoanálisis es un recurso que uno usa cuando se siente amenazado en su identidad. A mi modo de ver es una buena razón para empezar un análisis. Pues, uno podría pensar que el análisis lo reforzará en sus identificaciones, en su identidad. En realidad, si el analizante se pasa mucho tiempo en contar su historia en visitar su pasado, ello lo llevará más bien a verse de otro modo, a analizar sus identificaciones total que al final ello desembocará en, los buenos casos, en un nuevo modo de ser, más fiel a su verdad.

La identidad, vista desde el psicoanálisis, tiene poco que ver con la verdad del sujeto. Eso será el tema de mi ponencia.

Quizas eso les sorprenda, especialmente si confunden la egopsicología con el psicoanálisis. No se trata de sostener, de reforzar, la identidad a toda costa. Uno no se ve como es, la imagen que tenemos de nosotros es ante todo un señuelo, un señuelo que nos permite poner al abrigo nuestro ser.

El que no tiene el recurso de esta suerte de sobre para protegerse, corre peligro de sentir su intimidad, sus pensamientos más íntimos descubiertos por los demás. Pero corre peligro también de ser percibido como totalmente ajeno a los demás, en la medida en que estos no pueden reconocerlo como un semejante.

Este señuelo, imprescindible, se construye muy temprano en la vida del sujeto. Se construye según dos ejes que se entrecruzan. Un eje imaginario, en el que el yo se mira y se toma por la imagen del semejante como si fuera su propia imagen en el espejo. Un eje simbólico, en el que el sujeto recibe las marcas del reconocimiento del Otro bajo la forma de un significante ideal al que él tiene que conformarse para ser amado. Así pues, la identidad del sujeto procede del otro, del otro imaginario y del Otro simbólico. Con esa identidad, el individuo se siente ser alguien, se siente ser una entidad única y mejor así.

Imaginen al niño querido por sus padres, quizás especialmente por su madre, entrando por primera vez en el universo del colegio de párvulos. El que creía ser alguien por el hecho de ser el único, el tesoro de su madre, ahora se siente aterrorizado ya que nada lo distingue de los demás en la fila. Bien podría perderse, hundirse en esa multitud. Es curioso que esa primera experiencia, bastante común no sea más traumática !

No lo es, gracias al poder apaciguador de la identificación.

El niño que aguanta, es quien se ha identificado, no solamente a una imagen sino también a un significante y es preciso que este significante sea bien enganchado al Otro para poder sostener al pequeño sujeto en la muchedumbre de los semejantes. A falta de esa identificación simbólica, esa primera experiencia puede desencadenar una catástrofe.

El niño pierde sus marcas, la imagen de su yo estalla. La angustia es tal que produce una agitación extrema, una agresividad. Todo eso particulariza al niño y lo aparta del rebaño. El que no se identifica es rechazado, lo designan como loco. Pues la identificación es el principio mismo del lazo social. Uno participa a un grupo ya que puede encontrarse en él, ya que comparte con los demás unos significantes

ideales; al compartir ese ideal el sujeto esta representado por un significante enganchado con los significantes que representan a los demás.

$$\frac{S1}{\$} \rightarrow S2$$

Ese significante que representa al sujeto no es un significante cualquiera, tiene que ser un significante amo para el grupo en el que uno quiere ser identificado.

Si la identificación tiene valor de lazo social, en cambio, puede llevar al sujeto a perder su individualidad, su singularidad.

La noción de identificación conlleva lo de reconocer una identidad, reconocer un conjunto pero también lo de reconocer a un individuo dentro del conjunto. Así lo subraya Lacan en su seminario sobre la identificación, hay que diferenciar la unidad que unifica y la unidad distintiva.

Si la identificación es asunto de significante, hay que subrayar que **el significante se especifica como siendo lo que los otros no son**. Es su definición la más básica. “ *El significante sirve para designar la diferencia en estado puro*”

En este principio se funda aquel *narcisismo de las pequeñas diferencias* que Freud ha tomado de un tal Crawley antropólogo de los principios del siglo XX : “*Crawley señala que cada individuo se separa de los demás mediante un «taboo of personal isolation» y que justamente en sus pequeñas diferencias, no obstante su semejanza, en todo el resto, se fundamentan los sentimientos de ajenidad y hostilidad entre ellos. Sería seductor ceder a esta idea y derivar de ese «narcisismo de las pequeñas diferencias» la hostilidad que en todos los vínculos humanos vemos batallar con éxito contra los sentimientos solidarios y yugular al mandamiento de amar al prójimo.* »

Si Freud se detiene en el aspecto imaginario de ese *narcisismo de las pequeñas diferencias* o dicho de otro modo si lo refiere únicamente a la rivalidad con el semejante, sin embargo, se plantea la cuestión del *por qué habría de tenerse tan gran sensibilidad frente a estas particularidades de la diferenciación*.

Lacan retoma la cuestión refiriendo más bien ese fenómeno a la estructura del significante. “ *La pequeña diferencia no significa nada más que esa diferencia absoluta, apartada de cualquier comparación posible.*”

Aquí hallamos la estructura del significante, cada significante se define como siendo distinto de los demás. Pero Lacan añade : *A partir de esa pequeña diferencia que es la misma cosa que el ideal del Yo, es como puede acomodarse la mira narcisista. El sujeto se constituye como portador o no de ese rasgo unario.*”

Dicho de otro modo, el rasgo unario, el Ideal del Yo, es algo que particulariza, no es solamente algo que agrupa. Esa observación matiza un poco el modelo de la masa freudiana. Solemos recordar que la cohesión del grupo es proporcionada por el compartir un rasgo común de identificación con el líder querido.

Hay que volver a leer a Freud, especialmente el *Malestar en la cultura* para darse cuenta de que las cosas no son tan sencillas. . « *Siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión. En una ocasión me ocupé del fenómeno de que justamente comunidades vecinas, y aun muy próximas en todos los aspectos, se*

*hostilizan y escarnecen: así, españoles y portugueses, alemanes del Norte y del Sur, ingleses y escoceses, etc. Le di el nombre de «narcisismo de las pequeñas diferencias», que no aclara mucho las cosas. Pues bien; ahí se discierne una satisfacción relativamente cómoda e inofensiva de la inclinación agresiva, por cuyo intermedio se facilita la cohesión de los miembros de la comunidad. »*

Pues, el mismo Freud matizó su teoría sobre la masa. El narcisismo de las pequeñas diferencias es tan importante como la identificación al rasgo del líder querido. Bien se nota en las grandes comunidades. Cuanto más grande es el tamaño de la comunidad, más necesitamos agarrarnos al narcisismo de las pequeñas diferencias.

Esas pequeñas diferencias se presentan, por supuesto, como puramente significante. La lengua es el único medio de hacerlas escuchar, o de inscribirlas, ya que la escritura es un modo de reivindicarlas. Siempre me llama la atención y me divierte, viajando en vuestra zona, el modo de escribir los nombres castellanos con ciertas letras de modo que no olvidemos que estamos en el País Vasco.

A mi juicio, lo que aparece en esas placas, es la afirmación de la pequeña diferencia, a través de la lengua, en una sola palabra, como Lacan solía escribirla. La lengua esta, no es un medio de comunicación, es un medio de goce. Así Lacan puede corregir, de cierto modo, la noción de aquel narcisismo de las pequeñas diferencias diciendo: “ *La función del narcisismo de la pequeña diferencia que Freud, según su experiencia, articula como siendo irreducible, es perfectamente analizable, refiriéndola a la función del objeto a.*”

Para los que no saben que es ese objeto, digamos muy rápidamente que es un residuo, algo del goce más íntimo de cada uno que no pudo ser borrado o limpiado por el significante ideal proporcionado por el Otro y que representa al sujeto. Ese residuo, lo podemos ahora escribir al margen de nuestra primera escritura de la identificación como lazo social.

$$\frac{S1}{\$} \rightarrow \frac{S2}{a}$$

Ese objeto permanece tapado, al margen del proceso de la identificación, sin embargo es la verdadera apuesta de ese lazo social. El sujeto no lo entrega para que el Otro lo reconozca. El sujeto siempre se presenta frente al Otro con el significante amo, no con el objeto a. Vale decir que de todas formas, el sujeto no sabe nada sobre ese objeto, no lo percibe, no sabe que ese objeto condensa el goce íntimo que lo particulariza.

Así que ese objeto no puede, de ningún modo, ser objeto de un reconocimiento. Puede ser objeto de vergüenza cuando aparece, o objeto de azco o de angustia.

La vergüenza es un afecto importante, pero no es sencillo hablar de eso, “ *tal vez es eso el agujero de donde brota el significante amo.*” El significante amo cumple la función de tapar el agujero y borrar la vergüenza fundamental que tendría que atañer a cada uno de nosotros. Eso es su función.

Otra vez más, uno no se presenta frente al Otro sino como representado por el significante amo, y no por el medio de ese objeto vergonzoso. Sin embargo hay un lazo social en el que uno al otro se lo presenta ese objeto, es el psicoanálisis. Pero el analista no se presenta bajo la forma del objeto que él es, sino como el objeto que él acepta encarnar para servir la causa del deseo de su paciente.

Sin embargo hay una situación peculiar en la que uno puede presentarse como objeto pidiendo un reconocimiento, es esa situación que, en nuestro ámbito, llamamos el pase. Pero aquí tampoco el pasante no se presenta el mismo así, sino por el medio de los pasadores. Al cartel del pase le toca despejar la función de ese objeto dentro del testimonio. Sería un poco sospechoso que alguien se presente directamente como objeto vergonzoso pidiendo ser reconocido así.

El fin del análisis no se funda en un reconocimiento por el Otro, sino en cierta forma de reconocimiento por el analizante mismo de su propio modo de goce. Yo digo cierta forma de reconocimiento por el sujeto mismo, pero es más bien algo que equivale a rendir las armas. De todos modos podemos esperar que al fin del análisis el analizante deje de pelear por el reconocimiento de sus pequeñas diferencias. La pequeña diferencia siempre existirá puesto que se trata de la marca personal de cada uno, no es una diferencia cualquiera, pero podemos esperar que el análisis lleve al analizante a arreglarselas con ella.

Lo que trato de describir así no es sino esa suerte de identificación que Lacan describió en sus últimos seminarios y que designó como identificación al síntoma. Se trata de un modo de reconocerse en su rasgo de goce.

Aquí abordamos un punto importante.

Si uso esa palabra, “*rasgo de goce*” es para abordar la cuestión del rasgo unario que Lacan sacó de Freud, aquel *einzigiger zug*, o sea un rasgo significativo para representar una persona generalmente amada. En Freud la identificación con el rasgo unario es una regresión, se trata de ser el que uno no puede tener. Entonces cuando Lacan retoma el *einzigiger zug* de Freud, pero le otorga otro sentido que puramente significativo. Se trata de ver la relación de ese significativo – que al sujeto le sirve para identificarse – con su goce que queda irrepresentable.

Para estudiar la función del rasgo unario, Lacan se refiere al trazo, a la línea de palotes que el cazador de la Prehistoria trazaba en la pared de la gruta o en una costilla de cérvido. Se supone que cada trazo representa un acontecimiento que se repite, la matanza de un animal. Cada trazo remite a un acontecimiento que en sí mismo fue único, pero si se suman los trazos como línea de palotes es que el trazo representa un acontecimiento supuestamente idéntico a los demás.

Así pues el trazo celebra la unicidad del evento y su identidad con otros.

Aquí es donde tenemos que detenernos en el sentido de esa palabra *identidad*. *Calidad de idéntico. Conjunto de circunstancias que distinguen a una persona de las demás*. Se nota en seguida la ambivalencia del término. ¿Cómo uno podría ser a la vez idéntico y distinto de los demás? Aquí está una de las paradojas de la representación significativa. Al significativo le pedimos representar lo real de un ser, designarlo como unidad, pero la herramienta que usamos sólo nos permite definir esa unidad en la medida en que ella es distinta de las demás. A se define por ser distinta de B, C y otras.

$$A \neq B, C, \dots$$

A partir de esa definición vemos el límite de la igualdad y de la identidad. ¿Cómo uno puede sostener que  $A = A$ ? Cuando nombro A un acontecimiento, aislandolo de todo el resto para que parezca una entidad, una unidad, dejo ciertamente a un lado muchas cosas. Eso es lo que pasa con el rasgo unario, al cual se supone que pueda

resumir lo real de un ser. Pero el significante fracasa en poder representar lo real, por eso necesita repetirse para intentar recoger lo que ha dejado a un lado.

De ahí viene ese gusto del ser hablante a la repetición. Bien se nota en los niños que están experimentando el poder de la palabra. Cuando leo un librito para mi nieta, si me atrevo a cambiar una palabra, enseguida ella me detiene, porque lo que le gusta es precisamente la repetición al idéntico. Eso es lo que pasa con los niños.

Los adultos, en cambio, no parecen tener tanto gusto a la repetición de lo idéntico. Así lo dicen. Así a veces lo gritan por las calles : ¡ *Nunca más eso* ! Es una mentira, por supuesto, pero no lo saben, porque si la repetición exige aparentemente lo nuevo, en realidad busca la vuelta a lo idéntico. Más exactamente tendríamos que decir que el ser hablante quiere volver al punto de partida, para superar la pérdida que ha sufrido debido a su entrada en el lenguaje. En ese momento tuvo que dejar a un lado, no solamente, la madre, el seno pero más esencialmente la parte gozante de su propio ser. Intentar capturar esa parte perdida con la red del significante, eso es la meta de la repetición.

La herramienta que Lacan nos entregó – el discurso del Amo – nos muestra lo que produce la repetición que es en realidad repetición del advenimiento del significante amo. El rasgo unario del que trato de hablar, también se llama **significante amo**. Cuando el sujeto se aliena al Otro por medio del significante amo, cuando se somete a esa orden primera, es una suerte de sacrificio, una suerte solamente porque cuando el sujeto habla no renuncia totalmente al gozar.

Otra vez más, cuando escuchamos a los niños hablando, podemos comprobar que uno puede seguir gozando incluso cuando aparenta someterse al sentido de la palabra. Pues, el discurso del amo que ordena el sentido produce a pesar suyo un plus de goce.

Este discurso que ordena los significantes es el principio de la Historia. La Historia se dedica a ordenar los acontecimientos para conseguir un sentido, quizás así unos pretenden poder anticipar el porvenir, pero otros dicen que la Historia nunca se repite. Sea lo que fuere, si un análisis se contenta en trazar en relatar la historia de una persona, el analizante historiador se pasará el tiempo repitiendo las mismas cosas, los mismos recuerdos infantiles, reforzando así el sentido de su mito individual, que él toma por su historia, pero de ningún modo se dará cuenta del plus de goce producido a no ser que así consiga matar por el aburrimiento a su analista.

Recién encontré en un simposio a un tipo simpático, un escritor, el análisis lo llevó a la escritura. Ha publicado dos libros, dos novelas sobre el análisis, *la neutralidad malintencionada* y *mortal transferencia*. Pues, de su análisis sacó un plus de goce presentificado por esos dos libros. El me confesó que así logró realizar en otra escena lo que no podía hacer en el diván.

Volvamos a la cuestión del significante amo. Hemos visto que cuando el significante amo está al puesto de mando estamos en el proceso de la identificación o en el discurso de la historia. Pero la identificación deja a un lado quizás la verdadera identidad, la que funda para algunos el narcisismo de las pequeñas diferencias. En cuanto a la Historia, a falta de poder despejar su plus de goce, ella no puede sino repetirse sin cesar.

Ahora bien, ¿ **Qué hace el análisis con el significante amo?**

Primero, cabe decir que el analista es quien hizo un análisis y así aprendió que el significante amo es un semblante. De entrada hay que respetar los semblantes, sino no hubiera ningún discurso, ningún lazo social posible. El que viene a consultarnos viene disfrazado con su significante amo. Lo acogemos así, aunque a veces es interesante corregir un poco el retrato.

Pienso en esa historia de Freud atendiendo a un joven americano que de entrada se presentaba como inhibido, en deuda y con un sentimiento de culpabilidad, Freud le hubiera dicho al final de la primera entrevista, : “si bien entiendo, Usted es un gran criminal.” Era el modo con el que Freud acogía a ese paciente subrayando el rasgo , el significante amo “ *culpable*”.

Si el analista acoge a su paciente con su significante amo, se tratará de darle otro alcance que la mera función de disfraz del rasgo identificadorio.

Lacan pensaba que el discurso del analista pudiera hacer surgir otro tipo de significante amo. “ *Tal vez sea del discurso del analista de donde puede surgir otro estilo de significante amo.*”<sup>1</sup>

Claro es que, si el análisis puede, en un primer tiempo, decifrar las identificaciones del sujeto, el análisis se acaba con un tope, un tope en el deciframiento. Eso lleva al analizante a considerar el peso peculiar de un significante amo que queda sin sentido. Un significante amo a partir del que ya no hay posibilidad de escribir una historia. El significante amo entonces se presenta como puro rasgo de goce.

Eso es lo que describe la escritura del discurso analítico en el que el significante amo está en el lugar del producto o sea el lugar del plus de goce.

$$\begin{array}{ccc} \underline{a} & \rightarrow & \underline{\$} \\ S2 & \diagdown & S1 \end{array}$$

Para ilustrar ese punto os presentaré una viñeta clínica que escribí el año pasado después de una charla que tuve con una colega a propósito de su testimonio del fin de su análisis.

Me llamó la atención un punto central en la historia de este sujeto. Durante su análisis ella había centrado las interpretaciones de sus síntomas alrededor de ese punto crucial. Nació con una hermana gemela la cual falleció a los once meses. Ella también hubiera podido morir por ser contaminada por la misma infección pero sobrevivió. Durante su cura, ella interpretó varios síntomas suyos, un estrabismo, lo de pasar desapercibida, hacerse el muerto, no encontrar su sitio, con ese punto mítico. La hermana muerta era su significante amo, alrededor del cual ella había interpretado su historia. Al final del recorrido, se dió cuenta de que así mantenía la ferocidad del Otro. El rostro de la madre y especialmente su mirada desempeñaba esa función. Se trataba de hacerse el muerto frente a esa mirada. Entonces decidió que bastaba. Fue un primer paso hacia la salida. Pero la separación fue difícil de soportar.

Dos años después, a raíz de un sueño importante que la impactó, decide volver a su análisis. El sueño es el siguiente:

*“ tengo que entregar un mensaje a mi analista, pero encuentro muchos obstáculos, no quieren dejarme entregarlo, me iban a matar, los personajes son personas conocidas del psicoanálisis. Sin embargo para mí es una decisión tomada, entregar*

---

<sup>1</sup> S XVII, paidos p.190

*ese mensaje, era una información valiosa, luego aparece en el sueño una palabra completamente enigmática para mí, olvidada completamente. “*

Es importante esa suerte de deuda ; faltaba una palabra última que entregar al analista, y esa palabra es curiosamente un sin sentido. Esa palabra que ella no podía descifrar le dio a pensar en una referencia de Lacan, donde se trata *“del esclavo-mensajero del uso antiguo, el sujeto que lleva bajo su cabellera su codicilo que le condena a muerte no sabe ni su sentido ni su texto, ni en qué lengua está escrito, ni siquiera que lo han tatuado en su cuero cabelludo rasurado mientras dormía.”*<sup>2</sup>También se le ocurrió otra referencia, el título de una novela: *Crónica de una muerte anunciada*. Y al trabajar este sueño se le impuso una frase que le sonó horrorosa: *¡A quien hay que matar! “ una frase –dijo – que implica también estar dispuesto a todo! Estar dispuesto hasta a morir.”*

Hasta entonces, todo lo que la analizante descifraba nutría el sentido de su inconsciente o sea la historia que ella se había construido. Una historia en la que se hacía el muerto, pensando que era ella quien tuviera que morir para sosegar a la madre de la pérdida de la hermana gemela. Luego la cuestión de ¿ a quien hay que matar? no se planteaba.

Con este último sueño, en cambio, ella es el esclavo mensajero que lleva sin saberlo el mismo el mensaje que le condena a muerte, pero esta vez no usa el sueño en el sentido habitual, muy al contrario, lo que surge es la idea de no retroceder a matar a alguien para sobrevivir. Estar dispuesta a todo hasta a morir lo que implica arriesgarse a vivir. Este viraje implicaba acabar con la historia . El mensaje incomprensible no pertenecía a esa historia, se presentaba más bien como el desecho de esa historia. Creo que ese desecho es el significante amo ubicado ahora como producto del discurso es decir como plus de goce. Es un cambio de perspectiva, el sujeto deja de someterse a la orden superyoica que mandaba el sacrificio, y se da cuenta de sus ganas de vivir.

---

<sup>2</sup> Subversion del sujeto y dialectica del deseo Escritos.